A la Prof. Isabel Sesto
homenaje, [signature]

E. de SALTERAIN y HERRERA

LA CLASE

APUNTES DE UN PROFESOR

Leer lo subrayado de pg 13 a 35



EDITORIAL «LE LIVRE LIBRE»
141, Boulevard Péreire, 141
PARIS
MCMXXXI

LA CLASE

Apuntes de un profesor

OBRAS DEL AUTOR

LOS COMENTARIOS, I: *La censura teatral.—El arte y la moral.—El público espectador.*

LOS COMENTARIOS, II: *Los equívocos del juicio: las literaturas de América a través de la crítica extranjera.*

CARTAS FUNDAMENTALES, I: *Ensayo de crítica epistolar.*

PERSPECTIVAS, I: *Meditaciones ambiguas.—Cuadros.—Ideas y sensaciones.—Figuras.—Libros.*

ANSIEDAD (cuentos).

LA CASA GRANDE (novela).

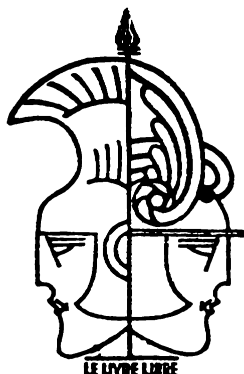
FUGA (novela).

EDUARDO de SALTERAIN y HERRERA

Catedrático del Instituto Normal,
Profesor de Enseñanza Secundaria de la Universidad de Montevideo

LA CLASE

APUNTES DE UN PROFESOR



EDITORIAL «LE LIVRE LIBRE»
141, Boulevard Péreire, 141
PARIS
MCMXXXI

Contenido

I

La clase

I

La clase

Hacer la clase

No se trata de formar escritores, como no de criar astrónomos en una clase de cosmografía, ni espíritus en otra de psicología. Se trata de organizar capacidades de expresión escrita y oral, ofreciendo un panorama sin límites al perfil de sus vocaciones.

Lo primero es inmediato y mecánico. Lo segundo, más vasto y sugestivo, consiste en abrir lontananzas y jerarquía de ideas. Se descorre el telón, se muestran los caminos y el alumno aprende a defenderse de la intemperie social, que es el mal gusto y la deformación. Distingue, capta el matiz, e instintivamente viste su espíritu de elegancias.

Ello con acuidad, sin exclusivismos malsanos, y, sobre todo, sin violencias. Que el profesor tenga paciencia, alegría, fe, personalidad desinteresada y afinidad, es decir, una aptitud especial de compenetrarse con la naturaleza individual del prójimo, sea éste alto o bajo, fino u ordinario, altanero o humilde.

No sistemas, ni leyes, ni discursos, sino hombres, hombres capaces de formar personas completas en función vital con el todo. Completas, pero en modo alguno parecidas a esa herramienta casera, que siendo un poco cortaplumas, otro poco tirabuzón y algo más serrucho o escoplo, no sirve para nada, en general ni en particular.

Comprender

Preceptores magnos de la voluntad, que atestigüen estas cosas: que el saber es de los hechos y la comprensión del significado de éstos. Dos realidades diametral y polarmente distintas.

Las normas imaginativas no sirven para la educación. En ésta hay unidad de propósito, dominio de los actos, y hay que insistir con tolerancia, pero sin tregua. Sócrates podría hablar hasta que alguien se incorporara en la asamblea, exclamando entusiasmado: «¡Eso es lo que yo había pensado!»

Comprensión viviente muy necesaria, como el saber. Sólo que es más difícil, porque cae en el área de los sentimientos, que nadie es capaz de abarcar por otro. Gœthe decía: «Es muy fácil pensar. Obrar es muy difícil y obrar según su pensamiento es lo más difícil del mundo.» Y tenía razón.

Se puede saber *El Quijote* —¿quién no lo sabe?—y no comprenderlo. Se puede palpar con los ojos un torso de Rodín y no sentirlo, por mucho que se retenga. Se puede saber de un alumno y no entenderlo. Porque comprender, es función de un principio inmaterial que da sentido a la vida. Sin esto, tenemos el método de perder el tiempo entre los brazos.

"Suáviter in modo, fórtiter in re"

Sí. Hay que repetirlo: suave en la forma, fuerte en la esencia. Sin gritos, pero sin blandura también. Sin despotismos, ni regalías, ni privilegios. Con generosidad superior del espíritu. Con libertad e indefectible respeto.

Hay mucha cosa que no se enseña y más de una que no se adquiere. Carácter de eso, tiene lo que se llama autoridad, eminencia, ascendiente.

Puede poseerse todo —trabajo, ilustración, juicio, talento—, y faltar la autoridad.

La disciplina verdadera, que no es la impavidez superficial o la inmovilidad de los músculos, perfectamente compatible con la inquietud espiritual, es el fruto de una organización superior, diestramente regida. La disciplina exterior es una. Pero otra especialísima la interna, a modo de armonía sutil, espontáneamente tendida, entre el maestro y sus alumnos.

Hubo un profesor que temió cierta vez el ridículo de los discípulos, en su turbulenta clase de tercer año de Secundaria. Un flemón le había deformado el rostro, de modo grotesco, que tentaba a risa. No podía dejar de asistir, y en ese trance, con reloj en la mano presentóse ante los alumnos, todo lo más compuesto que pudo, declarando:

—Les doy a ustedes dos minutos para reírse de mi cara hinchada. Después, comenzaremos la clase.

Lo dijo bien y nadie rió. Es que, generalmente, se comienza a perder la autoridad cuando se habla mal, y se sigue perdiéndola en puntos más graves.

Bueno. Seguramente, el profesor aludido era todo menos un «ciútico», como dicen los chilenos. Tendría la autoridad verdadera, es decir, la que hay que tener sobre sí mismo, para ejercerla sobre los demás.

Declamación

Es perniciosa y se contagia con virulencia como las modas.

Casi sería bueno suprimir el recitado de los programas de literatura, porque es poco menos que imposible librarlo del énfasis, el ademán hiperbólico y otras aplaudidas cursilerías.

Pues es necesario luchar por la irradiación espiritual de las aulas, por la fineza, contra el público grueso y la sensibilidad de quebracho.

Cada recitador es un intérprete... Sí. Y esto es lo malo, indudablemente, como los pianistas sin ritmo interior.

Recitar no debe ser deducir, sino inducir recogidamente.

Esto, a menos de confiar sólo en la poesía de pirotecnia, lo cual no es más que una limitación, como la de los que únicamente creen en el churrasco.

No podemos experimentar, pero se logra observar, observar lo que no es medible, ni específico, ni se repite. Cada cosa es única en su clase, mas no accidentalmente, sino por esencia. Y es esto, precisamente, lo que hay de distinto entre la lectura y la recitación, entre el bien decir y el declamar.

Aspirando

Cada cosa es única, y no un suceso pasajero de la historia. Es, como la religión, un fenómeno espiritual permanente. Por eso, hay que mirar lo estable y concluir, en nuestra enseñanza Secundaria y Normal, con los vestigios universitarios, a saber:

«Programa de asignaturas sueltas, estudiadas solamente, durante uno, o a lo más, dos años; lecciones y explicaciones, en forma de conferencia o discurso, durante una hora y aprendizaje de memoria, en libros de texto; poco tiempo de comunicación del profesor con los alumnos y casi ninguna relación con ellos fuera de clase.»

No especialismo, con asignaturas parciales, sino maridaje de ramas de cultura análogas. No materias obligatorias únicamente, sino también aquellas de elección. No cantidad de saber, sino espiritualidad, calidad. No comezón intelectualista, que perturba como un prurito, sino realidad sustantiva, obtenida de lo más simple. No saber de memoria lo que es la epanadiplosis, o la paramnesia negativa, e ignorar la música popular, quién fué Jesucristo, o qué es una estatua. No hostilidad del profesor hacia esta o aquella asignatura que no dicta, sino comprensión simpática, integración y concordancia perfecta de todas ellas.

Raíz

Hay un saber hondo y fundamental que no se ve en los cursos, por miopía de la inteligencia organizadora. Me refiero a la enseñanza de las religiones, que es un significado trascendental de la historia y del pensamiento.

No figura en los programas como asignatura organizada. Acaso se la toca débilmente en las clases de historia general, como un estilo arquitectónico, o las armas de los indios o los juegos olímpicos. Leve contacto, derivación trivial de un relato histórico o literario: del templo griego deriva la mitología; de Lutero, el protestantismo, y de los incas, la adoración del sol. Todo de rebote, indirecto, escuálido, como pláticas invertebradas para ocupar silencios. Es lamentable.

Ni religión, ni religiones, ni religiosos. Pero, eso sí, a trueque de ignorar a Confucio o Mahoma, rendir un culto fervoroso por la minucia didáctica y el detalle, que aplebeya y deprime la dignidad superior de la educación.

La educación, como la vida, es cosa más allá del presente, es atmósfera de cultura integral y no simple método formalista. Es la libertad del espíritu, que sólo se alcanza por la vía de la misma libertad. No hay que ceñirse al mero sentido infor-

mativo, sino llamar a las puertas del espíritu. Tengamos en cuenta que el problema del mundo moderno es un problema religioso, humano, y no científico o económico. Y porque el mundo consiste en hombres, hay que transfigurar a éstos, si quiere transformarse.

Creyó un día el mundo intelectual que la religión y la ciencia son cosas opuestas. Draper y Guyau lo saben. Realmente, no puede darse idea más superficial de mayores estragos. La religión es, como la ciencia, una creación de totalidades nacida de la humana necesidad, la cual, como todos los menesteres, se liga a un sentido, al sentido místico, el más entumecido y atrofiado de los sentidos humanos.

Pero es lo de siempre: una ciencia sin adecuación no puede dar un sentido adecuado, ni un pensamiento sentido en sí mismo. No puede, no puede organizar armonías vivas del intelecto y el alma.

Postrera instancia espiritual

Los niños, que tengan un poco de sabiduría. Los hombres, que tengan un poco de niñez.

Cuando dejamos de ser niños subimos al primer plano de sabiduría: al de creer que los sentidos nos

engañan y que, por ejemplo, los pájaros y los querubines y las estrellas y Dios, son alturas ilusorias, como aquella vara de la Física, que parece falsamente quebrada porque está sumergida en agua.

Pero, cuando vamos siendo hombres, un segundo plano de sabiduría nos muestra que tan ilusoria puede ser la quebradura como la rigidez de la vara.

Es que la verdad absoluta reside más allá de la edad, más adentro y no puede agotarse en la imagen. Casi parece ser silueta pura, tanto más pura cuanto más bella: canto de aves que sube al despertar, sonrisa de luz, esbeltez de pensar, perfil amable de los sueños, júbilo de vivir para luchar y amar.

Grietas

Hoy por hoy y en todas partes, la enseñanza literaria se compone de nociones de historia, estética, composición, crítica, idiomas, filosofía, gramática, lecturas y sobras retóricas. Pero se suele desmenuzar el compuesto didáctico, arrojando por inservibles unos elementos y enamorándose de otros hasta la pasión. La enseñanza se fragmenta y se vuelve entonces puramente estética e histórica

o biográfica, o simplemente teórica, como ejercicio mnemotécnico o práctica hasta la disección.

Del mismo modo que con la asignatura, la preferencia apasionada deforma el carácter objetivo de la enseñanza. Un profesor comprende integralmente el orden de la literatura en la medida de las exigencias naturales, y otro elige y prefiere y excluye. ¡Ay de estas elecciones, si no se dan en hombres de buen gusto!

Los alumnos, por su parte, se doblan al subjetivismo doctrinario del instructor confundiendo su propia personalidad y discernimiento. Se forma la secta, para proclamar verdades tan graciosas como la declamación de Cicerón, las pamplinas de Víctor Hugo, o la marmolización de Rodó...

De donde, la cátedra prepara los ánimos a la comprensión de la belleza, manteniéndolos fuera de ésta. Lo que es un modo, como cualquier otro, de henchir los sentimientos de vacío para que parezcan llenos.

Hay que ir a la esencia y huir de las cosas adjetivas. Aprovechar la medula y arrojar el hueso, que decía Rabelais.

De lo contrario, podrán los alumnos aprender a su modo, que suele ser estirar fantásticamente lo que dice el profesor, o echar en olvido lo que repite. ¿Quién no ha sido discípulo alguna vez y

sabe de esta extraña hermenéutica?: «Sarmiento no cuidó su composición, ni atendió a la armonía de las formas», dice el profesor. Y los alumnos interpretan y declaran que «Sarmiento escribía mal».

Espíritu

Es necesaria una coordinación profunda, para evitar la enseñanza dispersa que desorienta al alumno. Éste no puede librarse a sí mismo, pues sintiéndose solo se ve perdido.

No puede darse la literatura dislocada de las asignaturas afines, porque ello supone la tarea de reducirla a cosa en el aire. Hay discípulos de literatura italiana del Renacimiento que estudian simultáneamente la historia del Uruguay y un manual de psicología. Los hay que llegan al Romanticismo y andan en historia por los cursos de Grecia, aprendiendo, al mismo tiempo, un vocabulario francés. Y los hay tan particulares, que serían increíbles.

Esto es cómico, antes que otra cosa. Después, es el resultado de la organización de estudios desorganizados, obedeciendo a planes improvisados o superpuestos.

Conviene dejar atrás ese caudal envejecido en renuevos, remover las aulas y reaccionar de la

postración que aquieta y enerva el movimiento de las ideas. Conviene la austera necesidad de una forma simple y fecunda, pues los términos son precisos y no hay dialéctica capaz de esquivar la realidad. Toda la forma consiste en la sustancia, en los métodos y en los hombres, especialmente, pues la de enseñanza--antes que nada—, es una cuestión de profesorado. Pero no de profesores en congreso, en discursos altisonantes y en paseos untuosos por la ciudad. Hombres, ante todo; después, profesores, métodos y sustancia. Energías potenciales individualizadas en el pensamiento y en la acción, capacidades conscientes que objetiven las fuerzas interiores para imprimir modificaciones intensas y durables. Y, por encima de todo, algo indefinible, que es el negocio de ser bueno, como principio fundamental de la vida que resume todo.

El problema educativo es hondo y demasiado sencillo. No es un uso del saber, sino una promoción inteligente del bien, de la justicia, de la lealtad, del gusto y la concepción de un moderado vivir.

Sustancia

Ya que en nuestro medio solemos disolver en sacudidas febriles las fuerzas de obrar, necesitamos

revestirnos de una serenidad pluscuamperfecta y discernir en silencio, ejercitando la atención y el esfuerzo en prolongaciones fecundas. Lo restante, que nos mantiene en pugna abierta, es endeble y declina.

No hay menester de una técnica en sondajes pedagógicos para descubrir que, en la reforma de los sistemas de enseñanza, es menos interesante aprender que investigar. La acumulación inerte de conocimientos no es lo que brinda aptitudes, sino el espíritu flexible, enérgico para la observación propia, para pensar en sí mismo y revaluar las ideas hechas. Y ya que los hombres no reciben mas que verdades apetecidas, es necesario, antes de todo, sembrar el afán de la atención, crear la pasión de la certeza para predicar ésta luego.

En la enseñanza secundaria, no únicamente los cursos y los exámenes son los puntos principales; los primeros son de interpretación y de fiscalización los segundos. Mas hay, abrazando esto, todo un sistema de acción pedagógica, asunto primordial de la cultura y verdadero cuerpo de ella.

Y esto es, ciertamente, lo fundamental, lo que no varía, por mucho que se cambien promociones y asignaturas.

La educación es deleznable e insustancial cuando no tiene la íntegra percepción de la reali-

dad. Y no se crea con la protectora idealidad sensiblera que viste a la impotencia de simpatía, ni con el rigor de disciplinas violentas, porque esto es empeño inútil de perfeccionamiento y abdicación de la más alta facultad de educar.

Mundo de ideales robustos, ensueño transformado en acción sirviéndose de voluntad, carácter y no figura, es lo que apetecen nuestras edades. Lo demás deriva de ese estímulo superior, con aspiraciones más altas que las de graduarse y conquistar una posición administrativa. Pues mientras falte a la juventud la sugestión de un ideal y el ritmo de la responsabilidad generosa, serán inútiles el conocimiento y el orden misterioso de todas las cosas.

El fantasma

Es el examen, la prueba de majestad ambigua que todos conocemos: unos, como estudiantes locuaces o acongojados, y otros, como jueces, transformados en pulsadores mecánicos de la memoria. Por el examen se enseña y para el examen se estudia. Y todo lo que sale de sus estrechos límites está demás y se estrella contra un muro.

La cátedra se transforma en una elaboración de examinandos y la pedagogía en pueril ejercicio de

ingenio, donde triunfa el más avisado. Y a tal punto es absorbente la influencia del examen, que él es el único fin tan verdadero como inconfesable de la enseñanza.

Vaz Ferreira, con su agudo sentido de las deformaciones pedagógicas, intentó un día suprimir el examen y propuso lo que en práctica se trocó en una bella utopía llamada «la exoneración». Se volvió entonces a lo viejo, al tribunal, la bolilla, la calificación y otros arcaísmos del mismo jaez, puerilidades funestas para la formación de los espíritus.

—Todo eso es verdad—se dice, alegando inmediatamente—: ¿Pero con qué se reemplaza el examen?

¿Con qué? Con nada. No es necesaria la sustitución, pues el día que se elimine la prueba cambiará automáticamente el sentido de la enseñanza.

Probar, se prueba el alumno en la clase como el hombre en la vida, aunque rara vez sea idéntico el resultado de las pruebas, porque ya se sabe que una cosa es «vivir» y otra «filosofar». La clase, el liceo, la escuela no son nada cuando no saben darle a un hombre el secreto de su grandeza.

Por otra parte, la calificación del estudiante con las anotaciones corrientes de números o letras es insuficiente y peligrosa. Es una de las tantas

«garantías legales» del absurdo que cuenta la jurisprudencia docente.

Así como no hay silogismo capaz de agotar la agitación del sentimiento humano, no hay letra ni números suficientes a la expresión de la capacidad individual. Calificar así, someramente, significa erigir en la clase la práctica del examen.

Límite

El manual sistematiza el conocimiento, deprime el criterio y anula la clase en una puja de memoristas. El género, la escuela, la clasificación del escritor y la obra, determinados exclusivamente por las socorridas denominaciones retóricas, trueca el juicio en una escala de valores simples, que limita la discreción e invade la arbitrariedad.

«Es cosa de mucha risa--decía Larbaud—ese esfuerzo por clasificar a los poetas modernos. ¿Dónde colocar a Baudelaire? Romántico no lo era, tampoco era parnasiano. ¿Qué hacer? ¡Bah! Decir que, como no era lo uno ni lo otro, su obra constituye una anomalía que no dejará rastro en la historia literaria de Francia.»

—Estoy desesperado—decía ayer un alumno—porque no sé clasificar a Darío.

—¿Clasificarlo?... Pues mire usted—respondió

el profesor—, debe ser como el murciélago, que es mamífero y tiene alas.

Hueco

No tenemos estética en el hogar. No miramos la de la calle y la de las campiñas que nos saludan a diario con árboles y perspectivas encantadoras. Pero, en cambio, colgamos los ojos de líneas innobles y de arquitecturas decadentes, que sirven para llenar las planas de los periódicos. Lo que falta en una audición de música, se estruja en las carreras.

Dicho sea, que hombre sin arte en modo alguno es un hombre. Es materia primitiva, por muy hondas y profundas que sean sus ciencias. ¿Por qué pensar que la ética es sólo moralidad, saber, y no también forma dinámica de la vida?

Si no existe sentido de la expresión, los ojos no saben ver y distinguir variedades como una planicie, o una ojiva, o una estrella, o un farol. No se puede mirar afuera lo que no se ha visto dentro. Es natural, pues la cultura estética atañe a la superficie después de venir de la profundidad. Profundidad, sostén interior, que irradia el efecto de discernir la noble figura de mármol entre una multitud de estatuas.

Hombre sin arte, maestro sin gracia, en modo alguno es un maestro. Quien no es capaz de hacer sentir la belleza de un cuadro o los tornasoles de la luz vespertina, no da la medida completa de la educación. Esta vibración azul, esa gallardía de las ideas, ese ritmo armonioso, es lo que se descuida en el aprendizaje y en la enseñanza, como cosa superflua para algunos, o inaccesible para los que no saben luchar.

Ni superflua, ni inaccesible. No es materia de lujo, como no lo es el decoro ni las buenas maneras, ni la higiene. Ya pasó el momento de creer que la indolencia y el desgaliche dan patente de genialidad. Si es necesario un aprendizaje hasta para lustrar los botines, es indispensable, con más razón, tiempo y conciencia, para lustrar los espíritus. Si es verdad que en el orden habitual de la vida hay cosas movidas y cosas que mueven, el arte debe regir nuestro movimiento. Él está fuera del alcance de aquellos que no quieren comprenderlo, nada más. El espíritu es ascensión, no para uno en particular, sino para todos aquellos que tienen o infunden la voluntad de escalar.

Leer

En llegando aquí, surge una evocación: El pro-

fesor ocupa su puesto, mientras los alumnos cuchichean inquietos. La clase va a comenzar y el silencio se impone repentinamente, ahogando las charlas precipitadas y la sorna de algún chiste liviano. Seguidamente, cuando todos los rostros se crispan de atención, comienza la tarea diaria de eslabonar ideas y sacudir emociones. Un alumno continúa en voz alta la lectura del día anterior y los demás escuchan:

«La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad y hará predominar una disposición, una aptitud determinada en el espíritu de cada uno de vosotros. Los unos seréis hombres de ciencia, los otros seréis hombres de arte, los otros seréis hombres de acción, etc., etc.»

Llegando a cierto punto, el profesor interrumpe la lectura de Rodó, mientras los alumnos elevan la mirada en un éxtasis de ideas.

¿Qué significa Rodó? ¿Qué sugestiones despierta la prédica de Próspero? ¿Qué plano de ideas es el de las suyas? ¿Qué nobleza de expresión exuda la forma del pensamiento? ¿Qué labor de composición revela? ¿Qué vinculación ideal tiene la crítica? ¿Qué particular belleza hay en el estilo?

Surge el juicio de los alumnos en comentarios dislocados. La clase opina, discute, comprende,

relaciona la obra, el autor, la época, en derivaciones fecundas del tema y luego reanuda la lectura.

Y la atención continúa como antes, como después, en tanto que la luz se oxida en el ventanal y el ambiente contagia los efluvios virginales que dejan en el patio los naranjos en flor.

. . . .

¡Leer. Leer, sin otra divagación que la que el propio libro despierta. No leer uno en sí mismo aplicando la imaginación a la página, sino deducir de ésta su estricta indagación. Los textos tienen un sentido independiente del espíritu y la sensibilidad del lector, como no lo comprenden algunos comentadores—estilo Papini—, que se parapetan entre el autor y el auditorio. Y simpatía o afinidad o comprensión extrema apartes, todas las obras famosas poseen un sentido general y permanente que traduce, en esencia, el gusto y la sensibilidad de la región creadora.

El sentido general es uno y el particular otro. Por ejemplo, frente a *El Quijote*, Turgueneff puede dar el primero y Unamuno el segundo.

La interpretación personal es otra cosa. Todos no ven todo, ya se sabe. Pero, precisamente, el ejercicio de la lectura es rico cuando el alumno devoto de su elevación interna conquista la agi-

lidad y la penetración suficientes para canalizar el sentido general y descubrir el suyo. Bajo el aspecto general y directo, la prolongación, y bajo la impresión del afecto, la fineza sugestiva.

¿Va sin decir que es trabajo de reflexión? Discernimiento, observación, indagar intereses psicológicos o filosóficos o históricos y vibrar con el valor estético. Todo con proyección a la vida, sin perder jamás este panorama, para que la tarea no sea especulación yerta, sino latido, euforia. La vida, con lo superior que hay en ella o fuera de ella, parece tener explicación sólo ante la juventud. Y es de ver al maestro complacido cuando logra florecer en los labios del adolescente una pregunta sugestiva o una exclamación que revela los asombros del alma.

Eso dicho, suele en el curso lectivo interpretarse otra cosa, que es que cada generación lee su propio gusto y pensamiento en las obras maestras de la literatura. No es necesario ilustrar con ejemplos. Pero que éstas ni las otras interpretaciones se excluyan. Ninguna es completamente verdadera, ni falsa completamente, y todas son necesarias.

Elevación

Que en la labor de clase presida la excitación al

pensar mediante el coloquio, que es incentivo del trabajo personal. Observar por sí, reflexionar, sentir por sí, hablando o escribiendo, es la necesidad mayor del alumno que quiere subir a la dignidad de hombre por la celeste curiosidad, que es el camino de todo saber.

Dignidad de hombre, sí. No hay que sentarse en el peldaño más bajo de la escalera, es mejor ponerse sin alarde en el superior, sincerándose así:

—¿Por qué no fuí carpintero o mecánico? Me habría agradado serlo ejerciendo destreza, pero en una forma que no me impusiera el sacrificio de las otras partes de mi alma. Una cosa u otra, no sé cuál habría sido mi suerte. Ahora, siento que no veo la vida por el hueco de una barrena. Convengamos, eso sí, que vivimos la vida en una forma incompleta, por aspectos y no en totalidad. Yo no habría querido desconocer el *Fausto;* pero, añadido a esto, ¡qué hermoso resultaría que fuere igualmente capaz de hacer una mesa, pulir un piñón o sembrar trigo! Obrar, pensar, sentir y algo más. ¿Ambición? Como quiera llamársele, pero somos hombres para hacer el hombre.

Apéndices

En la labor diaria, apéndice es muy rico la

sobremesa de la clase, es decir, la conjunción de maestro y alumnos que prolongan la tarea fuera del tiempo. Con la plática se adquiere familiaridad, desenvoltura y caen muchas barreras de incomprensión. Un detalle en la sombra, una particularidad recogida, una confidencia amistosa, da a veces la clave, disipa dudas y tiende las brumas del misterio. Porque todo, delicadamente, es fruto de indagación para conocer el alma de los discípulos. Y ¡qué decir si éstos viven el drama de la adolescencia!

Otra percepción vigilante del profesor es el apéndice de los alumnos, es decir, el alumno tímido, que es el más difícil, pues que se oculta y suele pasar inadvertido. Es el que con deseos de actüar bien se debate entre un ansia profunda de realización y un sufrir secreto que le inhibe.

—Si yo pudiera pasar inadvertido—piensa. Y repiensa—: Si yo pudiera llamar la atención de todos.

Apetencias vehementes, ambas encendidas de emoción y que arden en inquietud pasiva.

Creo que los psicólogos ven en la timidez una calidad de abulia pasajera. Y así será. Pero se ve, además, un tormento de sufrir cruelmente el aislamiento, y un silencio grave, lleno de murmullos entre los repliegues del alma. Es este apéndice el

alumno de fina delicadeza y de singular acuidad de observación, disciplinado como está en el examen incansable de su «yo».

Buen elemento representativo, necesita el estímulo que desarrolle su voluntad de modo afirmativo, confiado y preciso. Hay que buscarlo, pues siendo de una pieza no puede fragmentarse y elude la familiaridad. Entonces, tal que en muchos hombres, parece vano y presuntuoso lo que no es mas que una austeridad humilde. Parece inexpresivo, y es, bajo su impasibilidad flagelada, el semblante más acentuado de la expresión.

Se muestra apático, escondido, cerril, que suele ser la silueta de las ternuras más hondas y puras. Con formas de candor que huye de sí mismo, sabe, mejor que el más enérgico, el placentero gusto de la meditación y del análisis que afina el principio del perfeccionamiento individual. Es que la duda, expiación de la inteligencia, le atormenta constantemente con la inseguridad de sí mismo. Él es él, extraño y sin felicidad, pero también sin aleación de vulgaridades.

Hay que atenderle en la clase y aun fuera de ella, como un pozo de observación. Hay que cuidarlo, templándolo de confianza, disipando su vacilación.

Pero que esta tarea generosa no anule en

él las preciosas aptitudes de reflexión, de análisis, de delicadeza moral, que traducen sus deseos del bien en vencimientos nerviosos y palabras que vacilan en sus labios.

II

Composición

II

Composición

Decir

Comenzar las composiciones con el simple dictado, para comprobar signos de ortografía y de puntuación y concluir en los comentarios y la reflexión. Al respecto, dice el programa: «Se harán en clase—y no fuera de ella—ocho o nueve trabajos escritos, por curso, sobre algunas lecturas directas de los alumnos o referentes a asuntos generales de composición castellana que acrediten la disposición de expresarse bien y el conocimiento del idioma.»

El primer año de Literatura—que se enlaza a dos años anteriores de gramática—abrirlo con algunos ejercicios fáciles de cláusulas, redacción,

análisis, u otros de inventiva, como los que indicaré al final de estas notas, cuidando siempre la elección de temas, prescribiendo el empleo de uno solo de ellos para toda la clase, y, por el contrario, facilitando a los estudiantes la ocasión de elegir, o de escribir lo que les agrade. Que sepan los alumnos qué es forma y qué es sustancia o fondo, que perciban el ideal y el gusto de toda composición analizada, y puedan exponer y discutir sus ideas.

Previamente revisados, los trabajos, clasificados y calificados, mas no con notas rotundas de uso corriente, sino con la determinación de sus caracteres individuales, que contribuirán a la apreciación psicológica, el profesor deberá exponer a la clase los méritos o defectos de los trabajos escritos, haciendo las indicaciones pertinentes, de utilidad colectiva.

Nadie, ni un solo alumno, por torpe que sea, queda al cabo de dos años sin expresar sus ideas. Y pues si no tuvo ideas, aprendió a tenerlas. Que escribir en una clase, y no en la prensa, es más serio que charlar.

Despertar, pues, el sentido de la forma corriente, necesario, impostergable, y al final, tras la práctica indeclinable, mover aquél con el alma y las ideas.

Eso es todo. Y todo en la expresión, es esto muy simple, que, por tal, suele desdeñarse:

1.° Saber.

2.° Saber decir.

3.° Decirlo.

El adolescente en general no sabe decir, pues vive una edad dramática y se flagela en la sombra. El hombre, en particular, tampoco sabe decir, porque ignora la claridad. Confunde esto con trivialidad y cae en la afectación que le hechiza, deslumbrado su espíritu—como está—con el oropel y la pompa de los estilos barrocos. Penumbra, retruécano, verbalismo, oquedad. Emplea la espiral en lugar de la diagonal.

—Mi autor favorito es Vargas Vila—decía un alumno al profesor.

—Lo lamento—replicaba él condolido—. Déjelo y busque a Miró o a *Azorín*.

—Pero eso es muy simple...

—Precisamente, lo que conviene.

De «saber decir» a «decirlo», va aún trecho. Hay quien domina la expresión, esto es, que «sabe decir»; pero que «no dice», a semejanza de esos hombres de bondad potencial que nunca son buenos, o de esos continentes de propósitos que se van en retórica.

Hablar, escribir, «decir» claramente las cosas,

hasta para idear con limpidez, ascendiendo pensamientos, y sentimientos escuetos, alados, sin perendengues de rosetones y capiteles. Hablar, si hay que decir, evitando palabras inútiles, como en el lema de Disraeli: *Never explain, never complain.* Concentrando y no diluyendo. Manteniéndose, en vez de encenderse en el hechizo falaz de las pericias verbales. Ser corporalidad y no pura pluma, como el chajá.

> Simplement, comme l'oiseau chante,
> Avec un mot donner son cœur...

Difícil facilidad que hay que adquirir.

Mostración

Del bien decir por escrito, en las clases del Instituto Normal, son las mostraciones de algunos alumnos, en las postrimerías de su segundo año de Literatura. Huelga decir que se trata de trabajos hechos en clase y leídos luego con las indicaciones del caso, mas de ningún modo retocados por la lima profesoral.

Son dos las clases que actúan en este caso: cuarto año A, y cuarto año B, de 1928, del Instituto Normal.

Cada una cuenta alrededor de cuarenta alumnos,

que cursan el segundo año de Literatura. Andan a mediados de año y ya tienen todos práctica de ejercicios escritos, compuestos en la clase, con la frecuencia adecuada y sobre los temas más variados de ilustración, de fantasía y discernimiento.

En materia de edad, los alumnos andan entre los dieciséis y los veinte años, y en punto a calidad, se dan todos los matices, naturalmente, como en rostros, figuraciones y caracteres. No hay mayorías, como a primera vista en toda agrupación, sino minorías recónditas y una que otra sorprendente individualidad. El instinto general, defensivo y protector, es de agremiación. Esto es lógico y natural como la solidaridad. Pero el profesor frente a su clase y con un poquito de atención, comprueba que no hay nada más difícil que equiparar, ni nada más fecundo que distinguir.

Dorada luz matinal en las salas, y por los corredores circulan, muy de cuando en cuando, alumnos de los cursos superiores. A veces un raudal de cantos llega desde el salón de música alegrando el ánimo.

La clase medita y escribe.

Asunto

Una vez son seis los temas que tienen los sesenta

y tantos alumnos, debiendo tratar el de sus preferencias. Ellos son:

I.—Referir la estatua o monumento preferido de la ciudad.

II.—«La infancia no conoce la piedad», dice La Fontaine. «La infancia es cruel», añade Víctor Hugo. Si los dos poetas tienen razón, ¿cómo pueden explicarse en los niños tales disposiciones? ¿Qué ha observado usted?

III.—Indicar la playa de Montevideo que agrade más y por qué.

IV.—«Sin pasión nada grande se realiza», dice Hegel. Desarrollar este pensamiento.

V.—Explicar por qué el gato tiene partidarios y detractores.

VI.—¿Qué lecturas son las que han influído en el mejoramiento de su personalidad?

Obra

Dieciséis estudiantes desarrollan el tema I, o sea el de la estatua o monumento de Montevideo preferido. Casi todos aman el monumento de Artigas. ¿Por qué se prefiere? M. E. Pérez lo explica así:

Porque de todos los monumentos que he visto aquí, es

el que reune en mi espíritu el conjunto armónico de la belleza y de la grandeza. Allí está nuestro héroe perfecto. Se confunden la regia belleza con la grandeza de espíritu, con la potencia del espíritu, potencia tal, que fué capaz de arrastrar tras sí un pueblo.

Nadie diría que Zanelli no es uruguayo, lo que confirma más la sensibilidad del espíritu del escultor, que sabe amoldarse a los nobles motivos de inspiración de los demás.

A. Ures explica sus simpatías por los monumentos de Artigas y del gaucho, así:

El monumento del gaucho es la tradición esculpida en mármol y bronce. Artigas y el gaucho se miran frente a frente, como viejos amigos, como hermanos; el gaucho bendice a Artigas y Artigas bendice al gaucho. Me gusta este monumento, porque de todo él se desprende la sencillez de los tiempos, de las luchas por la independencia, del patriotismo sincero del gaucho, sin el odio al hermano del otro lado del río; peleando por sus derechos, sin atacar los de los demás. El arado y la carreta, únicos tesoros muelles del gaucho, no han sido olvidados por el autor. Al frente, como diciendo: «Aquí estoy yo, miradme bien, he sido conquistada primero por bravos gauchos, luego por paladines, soy vuestra aliada», está la victoria alada, saludando sonriente a todo transeúnte que pasa.

M. Escarcena, otro alumno que desarrolla el mismo tema, se admira de la estatua de Varela y comenta:

Nunca me ha gustado lo grande, lo majestuoso; pre-

fiero, en cambio, lo suave, delicado y pequeño. Me parece, también, que el color influye en mi ánimo. La estatua de Artigas es oscura, es gris; la de Varela, es verdad que es oscura, pero está rodeada de motivos de mármol blanco, que a mi parecer la hacen más bonita y sencilla. Puede que también influya el paraje en que ambas están ubicadas. El paraje de la estatua de Varela es mucho más alegre, pintoresco y coloreado que el de la de Artigas. Con todo esto, considero haber explicado mi preferencia, con respecto a las dos estatuas. Cada una es el reflejo del hombre y de la obra que representan. La de Artigas fué una obra grande, muy grande y noble; la de Varela, si bien es cierto que más limitada que la del caudillo, en cuanto al valor orgánico, fué, en cambio, grande, en cuanto al valor espiritual y sentimental.



El tema acerca de la opinión de La Fontaine y Víctor Hugo sobre la infancia, lo comentan siete alumnos.

Uno de éstos, A. O. Sciandra, explica que «la infancia conoce la piedad», y agrega:

El niño sufre, se conduele ante el dolor de otro niño. La muerte de su canario, o de su perro, reviste para él caracteres de tragedia. Hay lugar en el alma divina del niño para la piedad, pero el niño—no hay que olvidarlo—es un inconsciente, vive en un mundo irreal, tan suyo y tan alejado del nuestro, que no podemos concebir que nuestras míseras realidades lleguen a él y, por lo tanto, que mane la

piedad de su corazón. La infancia no es cruel, no puede serlo. Yo, de niña, creía que cada flor que se arranca era una vida que se apaga. Y, conscientemente, nunca arranqué una; y sin embargo, ¡cuántos ramos hice!...

Otro alumno, L. Puig, explica que los poetas tienen razón, y dice:

Posiblemente los niños practican la crueldad inconscientemente, sin saber que ocasionan mal.

P. Vieras Paz, ve claramente en su intuición:

Que son dos grandes verdades las de los poetas. La impiedad de los niños, casi se justifica. Hieren y ríen.

M. M. Mendoza expone sus ideas de este modo:

Tienen razón Hugo y La Fontaine. «La infancia no conoce la piedad», «La infancia es cruel». Pero, no tienen razón. Esto quizá parezca una cosa rara, inexplicable. Y no es así. Es que nosotros decimos «el niño es cruel» porque lo miramos desde nuestro mundo, con nuestra psicología, con nuestra razón, con nuestro sentimiento de hombres.

Y es necesario, de necesidad vital, que de una vez, todos nos confesemos que no hemos respetado al niño. No lo hemos respetado en la espontaneidad e integridad de su espíritu, adjudicándole, o pretendiendo que posea aquellas cosas que van apareciendo en el espíritu, en el transcurso de la vida.

De este modo, se ha podido decir que el niño es cruel,

confundiendo la espontaneidad primitiva con la perversión civilizada. No, el niño es natural, sus manifestaciones obedecen al ritmo característico del desarrollo de la vida en etapas sucesivas.

E. R. Ravenna, luego de analizar las frases de La Fontaine y de Hugo, comprobando que los autores no las fundamentaron, añade:

El pensamiento de La Fontaine, «la infancia no conoce la piedad», tiene, a mi vista, dos interpretaciones. La primera, la más superficial, por la que nos imaginamos que el autor ha querido decir que la infancia no conoce, no tiene piedad, que es despiadada: la segunda, que a mí me resulta más verdadera, la que surge después de haberla leído muchas veces y la que expresa en su sentido recto las palabras, es la de que la infancia no conoce, no sabe lo que es la piedad. Comprendida la segunda interpretación, damos la razón al poeta, y, aún más, justificamos, en cierto modo, la primera interpretación.

Al pensamiento de Hugo «La infancia es cruel» le encuentro el mismo significado que al anterior, y casi me atrevería a expresarlo así: «La infancia no conoce la crueldad», dándole, entonces, las dos interpretaciones que di al primero.



N. Laporta Hernández cree que el niño no es malo, puesto que no puede serlo conscientemente quien no conoce el bien ni el mal, y narra ejemplos personales, así:

Recuerdo dos actos de un hermanito mío, uno fué falta de piedad, otro de crueldad. El primero, sucedió cierta vez que se allegó un niño conocido de él, pidiendo limosna y como pensaba asistir a un partido de *football*, no reparó en las ropas desgarradas y sucias, ni en la cara macilenta y triste y salió corriendo, sin avisar ni preocuparse de aquel que, dolorido, se había allegado a nuestra puerta. Primero estaban sus juegos; después, la limosna. Sin embargo, otras veces él mismo había atendido al *Flacucho*, como se le llamaba en el pueblo.

Otra vez fué cruel. Un gorrioncito se cayó del nido, que estaba en un árbol corpulento situado al frente de nuestra casa, lo tomó, jugó con él y al fin se lo dió al gato. Fué cruel, pues no pensó devolverlo a su nido, ni tampoco tuvo compasión, al ver volar las pardas plumitas del gorrión.

Y. O. Liñán considera verdad lo de los poetas, en la mayoría de los casos, pues hay también niños piadosos. Y añade:

Conozco a dos hermanos de los que, en el niño, he observado esta condición, mientras que en la niña no existe: mientras el varón trata de cortarle la cabeza a cualquier animal pequeño que encuentra, por ejemplo, a esos pequeños lagartos de los que tantos se ven en el campo, la niña procura espantarlos, y, si no lo consigue, huye, pero nunca contempla esas escenas que su hermano proporciona. ¿Por qué habría de existir en todos los niños? ¿Por qué habría de verse en cada uno de ellos un pequeño salvaje?



El tema III o sea el de las playas de Montevideo, tema de un carácter descriptivo general, fué tratado por treinta y tres discípulos. Motivos de simpatía determinaron las preferencias generales y las particulares por razones estéticas y bellezas panorámicas. A. M. Cancela se pronuncia así:

Carrasco, por su misma distancia de la ciudad, tiene, para mí, un enorme atractivo. Playa de meditación, de ensueño... Playa que acoge a todos los espíritus; alegres, tristes, soñadores, meditabundos, y tiene, para todos, benigna recepción. Es, a mi modo de ver, la playa más apta para proporcionar un veraneo sentimental...

La alumna O. Gamundi describe un momento de las playas con estas palabras:

Oscurece... De risueña, la playa va languideciendo. Ya no brillan las aguas; los granitos de arena trocan por un color opaco el dorado refulgente que los cubría. El cielo más y más oscuro y por fin, allá, donde el mar se besa con él, una mancha roja, muy roja, parece un globo de sangre.

Todo solitario... De cuando en cuando, bandadas de golondrinas se retratan en el cielo; las aguas se mueven lentamente, lamiendo las arenas, al influjo de una brisa cálida, dulce.

Prefiriendo la playa de Carrasco, anota D. Courtoisie:

En bello contraste se encuentran dos luces: la del día que declina y la que rodea en su curva mayor a la arena.
Esa playa sugiere suavidades y ternuras, inmensidad y poderío. Nos da la impresión de un gran puerto para descanso de nuestra fatiga. En ella se relega al olvido toda la preocupación y tristeza, toda la idea bochornosa, y pensamos sólo en la alegría de vivir, de ver bellezas, de respirar el aire vivificador que renueva nuestra alma y nos trasmite un poco de la impetuosidad del mar avasallador y travieso, que juega al escondite con el polvillo dorado de los arenales...

Otros discípulos prefieren determinada playa retirada, por su espíritu inclinado a la tristeza. Quién la de Pocitos, porque es la más concurrida, de mayor familiaridad. Quién, no sabe cuál agrada más, puesto que todas tienen el mar, «que es el mayor caudal de belleza natural». Otros prefieren tal playa, porque es la que frecuentan, y algunos más, tal otra, porque es la que conocieron primero.



El tema IV de discernimiento, a propósito de un pensamiento de Hegel, fué desarrollado por seis estudiantes según las relaciones someras que transcribo.

La alumna B. Patriarca y sus compañeras con-

El tema III o sea el de las playas de Montevideo, tema de un carácter descriptivo general, fué tratado por treinta y tres discípulos. Motivos de simpatía determinaron las preferencias generales y las particulares por razones estéticas y bellezas panorámicas. A. M. Cancela se pronuncia así:

Carrasco, por su misma distancia de la ciudad, tiene, para mí, un enorme atractivo. Playa de meditación, de ensueño... Playa que acoge a todos los espíritus; alegres, tristes, soñadores, meditabundos, y tiene, para todos, benigna recepción. Es, a mi modo de ver, la playa más apta para proporcionar un veraneo sentimental...

La alumna O. Gamundi describe un momento de las playas con estas palabras:

Oscurece... De risueña, la playa va languideciendo. Ya no brillan las aguas; los granitos de arena trocan por un color opaco el dorado refulgente que los cubría. El cielo más y más oscuro y por fin, allá, donde el mar se besa con él, una mancha roja, muy roja, parece un globo de sangre.

Todo solitario... De cuando en cuando, bandadas de golondrinas se retratan en el cielo; las aguas se mueven lentamente, lamiendo las arenas, al influjo de una brisa cálida, dulce.

Prefiriendo la playa de Carrasco, anota D. Courtoisie:

En bello contraste se encuentran dos luces: la del día que declina y la que rodea en su curva mayor a la arena.

Esa playa sugiere suavidades y ternuras, inmensidad y poderío. Nos da la impresión de un gran puerto para descanso de nuestra fatiga. En ella se relega al olvido toda la preocupación y tristeza, toda la idea bochornosa, y pensamos sólo en la alegría de vivir, de ver bellezas, de respirar el aire vivificador que renueva nuestra alma y nos trasmite un poco de la impetuosidad del mar avasallador y travieso, que juega al escondite con el polvillo dorado de los arenales...

Otros discípulos prefieren determinada playa retirada, por su espíritu inclinado a la tristeza. Quién la de Pocitos, porque es la más concurrida, de mayor familiaridad. Quién, no sabe cuál agrada más, puesto que todas tienen el mar, «que es el mayor caudal de belleza natural». Otros prefieren tal playa, porque es la que frecuentan, y algunos más, tal otra, porque es la que conocieron primero.



El tema IV de discernimiento, a propósito de un pensamiento de Hegel, fué desarrollado por seis estudiantes según las relaciones someras que transcribo.

La alumna B. Patriarca y sus compañeras con-

firman la idea expuesta explicando que ella supone sacrificio, fortaleza de espíritu y voluntad.

E. Ibarburu se expresa así:

No han sido los más razonadores, los más serenos, los cerebrales, quienes han concebido los ideales más grandes. Cuando la razón mide y coloca barreras, la vehemencia cierra los ojos y desconoce vallas; cuando el cerebro nos grita: «¡Eso que concibes es una locura!», nuestro apasionamiento nos incita, diciéndonos: «Animo, ese ideal sublime cristalizará.» Y porque la razón corta las alas que la pasión despliega, porque la razón afea lo que la vehemencia embellece, por ello es que «sin pasión, nada grande se realiza».



El tema V, explicar por qué el gato tiene sus partidarios y detractores, fué tratado en nueve trabajos.

L. O. Clavera, luego de decir que «el gato es el poeta más feliz de la humanidad», añade:

Siente la belleza con la delicadeza más sutil y es la más perfecta exteriorización de la comodidad y bienestar. Es el filósofo de la conformidad: convierte el contratiempo pasajero en motivo de distracción.

Desde el rincón más confortable del hogar, haciendo gala de una rebuscada pulcritud en su tocado, luciendo su plasticidad de artista, contempla el detalle más insignificante con la más extraordinaria atención.

La lente de sus chatos ojos descubre en el rápido vuelo del insecto, en la lenta caída de una hoja, o en la prosa vulgar más desconsoladora, elementos de belleza que el artista consigue más con el raciocinio que con el impresionismo.

Y, con espontaneidad algo artificiosa, plasma, en el menor movimiento de su cuerpo, el más bello poema.

M. A. Etchemendy desenvuelve así sus ideas:

El gato es, en realidad, una nota delicada y hermosa, que puede completar el lindo aspecto de un interior, con su figura, acurrucada e indolente, sobre un espléndido almohadón. La vanidad femenina, que busca siempre la nota original y exótica, encuentra en ese pequeño animal un motivo sin desperdicio. Por eso, es muy común la presencia de un gato de Angora en habitaciones de lujo, donde se rodea de mil solícitos cuidados.

Pero tal vez ese mismo privilegio del gato contribuya a aumentar la legión de sus detractores, que ven, bajo aquel suavísimo aspecto, sólo unas garras afiladas y traidoras, prontas a herir la mano que acaricia.

Mencionando diversos motivos contrarios, explica N. C. Gravina Ortiz:

Ante todo, diré que el gato es poseedor de una vivacidad extraordinaria (de esto me he dado cuenta por el que tenemos en casa), que lo hace estar siempre en acecho, a la espera de la presa.

Es un cazador insuperable, y no queda, en ninguna parte, ni la más pequeña e infeliz lauchita, que él no haga

víctima. ¡Y hay que verlo, después de devorar su presa, con qué aire de satisfacción y contento queda!

El gato es, además, un animalito simpático, agradable y de lindo aspecto. Su pelambre es suave y sedosa, siendo, su variado color, casi siempre bonito.

Pero, dejemos a un lado todo esto, por lo cual tiene tantos partidarios, y veamos sus defectos.

Es un felino que conserva mucho de la raza de donde proviene, siendo, por ello, feroz en muchos casos. Ataca a su amo como si fuera un extraño, y se enoja hasta cuando juega.

El gato es desagradecido, egoísta. No le gusta que lo molesten, y si lo hacen, muestra en seguida sus feroces uñas, imponiéndose autoritariamente.

E. García Quintáns expresa una dificultad, diciendo:

¿Por qué el gato tiene partidarios y detractores? Es, en realidad, una pregunta a la cual no puedo responder de una manera absoluta, pues las impresiones que en mí produce la observación de este animal no van a ser, sin duda, semejantes a las de otros.

Entre el perro y el gato, es indudable, prefiero al perro, decididamente; en sus instintos, que yo casi titularía sentimientos, encuentro un algo de humano, que hace que el perro sea para mí el animal preferido.

C. Piovano, luego de manifestar su profunda simpatía por los gatos, añade:

Creo, decididamente, que las brujas eran partidarias de

los gatos. En verdad, estos animales son un poco misteriosos; y cuando observo el mío, enarcado el lomo, entornados los párpados que velan los ojos verdes, cuya pupila parece un tajo, que se agranda durante la noche, me digo: el gato ve más allá. A veces fija en mí su mirada, la sostiene largo rato, entonces siento como si algo frío penetrara en mi cuerpo.

Durante la noche, son proverbiales las azoteas de las casas sitio y refugio de los audaces felinos, en las correrías nocturnas, donde arman desafinadas serenatas. Turban los animalitos el muelle reposo del burgués, que descansa su cuerpo entre abrigadas frazadas, verdadera bendición en estas noches de invierno. Estos señores odian al felino de todo corazón; y un palo de escoba, diestramente manejado, espanta a los animalitos, interrumpiendo riñas e idilios.

Las amas de casa miman a alguno, que da buena cuenta de los ratones, terror de las señoras y de las despensas. El gato no es para ellas nada complicado ni misterioso; es un animalito que destruye a los ratones.

Pero, para mí, el gato es siempre el animal extraño, que se arquea con gracia, que pisa con suavidad, cuyos músculos, duros como cuerdas, se distienden con fuerza y elegancia, bajo el terciopelo de la piel.

Admiro sus formas, la cola que se retuerce con espasmos de víbora, y, sobre todas las cosas, sus ojos verdes, con cambiantes de ámbar, amarillo y hasta rojo, que brillan en la obscuridad. Es cruel y muelle, elegante y fuerte; le agradan los almohadones suaves, el calor y las caricias sobre la piel sedosa del lomo, que se contrae, y que él recibe mostrando un poquito las uñas y entornando los ojos, con un suave runrún de viejo asmático.



Finalmente, el tema VI, o sea el de la acción de las lecturas sobre la personalidad, inspiró a dos estudiantes:

Uno de ellos, I. B. Ferreyra Morales, relató así memorias de su infancia:

Mis primeras lecturas, que se reducían a los textos y a los cuentos de «Calleja», que tanto me agradaban, no pueden haber influído en la renovación de mi personalidad, puesto que, al terminar el día, se perdían de mi memoria, confundiéndose con los primeros sueños. Cuando leí el libro *Corazón*, de Edmundo D'Amicis, no pretendí, como mis condiscípulos, ser uno de los héroes de este autor, limitándome sólo a respetar y estimar a mis compañeros y maestras, que hasta entonces había mirado con indiferencia. Nunca olvidaré las noches en que papá nos leía, uno por uno, los cuentos de ese libro, que yo guardaba siempre con tanto celo.

M. P. Cúneo, después de evidenciar la benéfica acción de las lecturas sobre su espíritu, que han logrado una entera transformación, explica:

Es cierto, he mejorado mucho, y seguiré mejorando, porque he de continuar leyendo, mientras mis ojos puedan ver la luz. Muchas malezas han muerto, pero aun quedan algunas que deben morir.

De todos los libros que he leído, cada uno de ellos ha ido dejando algo bueno, colocando alguna flor. El *Corazón* de D'Amicis, fué el primero que, por haberlo leído desde niña, modificó en algo mi personalidad. Me hizo ser más

buena en la clase, más respetuosa, más estudiosa. *La Novela de un maestro*, leída un poco después, me hizo derramar muchas lágrimas y avivó la vocación de la carrera que hoy constituye mi ideal.

Pasaron los años, y continué leyendo libros sencillos, cuentos...

Pero la gran transformación es muy reciente. Con *Motivos de Proteo* se afirmó mi vocación. Con la lectura de la vida de grandes hombres, sobre todo con la de Beethoven, aprendí a luchar con valor y resignación. Comprendí que debía transformar cada dolor en una alegría.



Otro día una clase comenta la siguiente poesía de Ricardo Gutiérrez:

Ha caído una hoja como un beso
en el pardusco polvo del camino,
—acorde de alegría reconstruído en congoja—;
escucha, no te muevas;
sobre nuestro silencio
ha caído otra hoja...

M. E. Beceiro escribe finamente:

Escucha, no te muevas; sobre nuestro silencio ha caído otra hoja...

Sobre nuestro silencio, que es la reconstrucción en congoja de un acorde de alegría, que es la forma insuperable de manifestar la nostalgia. Sobre nuestro silencio también caen hojas...

Escucha tú, viajero, la nota muda; escucha y no te muevas. No sea que quebrantes el religioso silencio de un alma triste, de un alma sola, de un alma que el día turba y el ruido acongoja.

Y deja que la noche profunda y misteriosa la envuelva en su silencio eterno y la traslade a una región remota.



Otro asunto, otros alumnos.

Tras un minuto silencioso, antes de iniciarse la clase de trabajos escritos, el profesor pone el tema siguiente, entre otros cuatro:

«¿Qué pensé en este minuto de silencio?»

A. M. Ríos lo desarrolla así:

Suena el timbre. Entran las alumnas y con ellas el profesor, con esa serenidad que le caracteriza, sin inmutarse ante el desorden que causan las voces, el ruido de los asientos, el murmullo que viene del patio.

Todas hablan y ninguna responde.—¿Qué temas serán?— es la pregunta.

Reparten las hojas para hacer el escrito.

Siguen el cuchicheo y la nerviosidad.

—Ruego a todas un minuto de silencio—dice el profesor suavemente.

Como por encanto, más de lo que hubiera conseguido una orden enérgica, un brusco «¡Silenciooo!» acompañado por algún golpe que se hiciese oír, cesan las charlas, se oye sólo el ruido de los lápices y luego un silencio profundo, como el que precede a los grandes acontecimientos.

Con los nervios en tensión y las manos apretadas, todas

miran ansiosas el pizarrón, en el cual el profesor ha escrito: «Tema I.» Luego una cláusula interrogante, y, cuando pone el último signo,

—Ahora pueden hablar—continúa suavemente, como cuando pedía silencio.

Han pasado los nervios; algunas ríen; acaso la mayoría. ¿Qué pensaste? ¿Qué se pudo pensar?

Han sido tantos los pensamientos que se dieron cita en ese minuto, que ninguna puede recordarlos. Y mientras algunas vacilan entre un tema y otro, yo respondo a la pregunta:

—¿Acaso sé qué es lo que pensé?

Otro estudiante, E. M. Castagnetto, anota:

¿Se puede pensar durante un minuto? Tal vez sí, y tal vez no. Se puede pensar mucho, intensamente y con rapidez, y no se puede pensar nada, cuando parece que nuestra alma se aleja por completo de todo, de lo real y de lo irreal, cuando se embotan nuestros sentidos y se hunden en una somnolencia inconsciente, involuntaria, que hace que nuestros ojos se fijen, sin ver, en un punto lejano.

Me he encontrado varias veces en estos dos casos, aunque sin poder determinar con precisión en cuál de los dos me hallaba; y ahora, ante la pregunta «¿qué pensé durante este minuto de silencio?», no sé qué responder.

De pronto, me parece que no pensé en nada, y luego, al recordar el momento, creo que mi cerebro trabajaba intensamente. Sí, tal vez sea esto último. Con los nervios ya en tensión, ya en esa calma que precede generalmente a las grandes agitaciones, con los ojos fijos, pero viendo las letras que se sucedían en el pizarrón y que formaron la pregunta que me he propuesto contestar, pensaba, sí, ¿qué voy a escribir?

Y creo que era esto lo que pensaban todos mis compañeros, porque esos tres temas que nos iba proponiendo el profesor llenaban por completo nuestra atención del momento.

A. Chinchurreta dice, entre otras cosas:

Fué un solo minuto y sin embargo pensé en muchas cosas. Mucho más necesito pensar ahora para escribirlas.

¿Qué pensábamos durante ese tiempo? ¿Sobre cuál de los temas escribiría? ¿Por qué nos pedía un minuto, un solo minuto de silencio? Tal vez porque ya nos conoce, porque sabe que pedirnos orden y calma es casi un imposible, porque comprende quizás que tenemos primavera en el espíritu y en el cuerpo y cuando hay mucha vida y mucha belleza en la mañana, aunque sólo sea vista en un pedazo del patio, no se puede estar callada, pensando en cosas serias.

Porque recordará su vida de estudiante: días en que se habla con los ojos y los labios y porque recordará, tal vez, la incertidumbre de un momento como éste, en que la inquietud tiene necesidad de salir afuera, de concretarse en movimientos y en palabras.

La alumna M. A. Paladino dice:

¿Pensé en algo? Sí. Esto que jamás había brotado de sus labios, que nos tratan siempre con la misma familiaridad y cariño, me pareció como que ya había concluído; que quizás el único que nos trata así, de una manera fraternal, se había terminado y que era a causa, sin duda, de nosotros mismos, que habíamos provocado un murmullo injusto.

Pero a la vez me pregunté: Un solo minuto el que nos pide, ¿para qué?

La estudiante M. Aschieri discurre:

Hoy lo ha impuesto el profesor y lo he cumplido a medias.

Porque sí, no puedo estar silenciosa. Necesito hablar, escuchar a alguien, reír. El silencio, durante las horas de luz, no me gusta. Me da la sensación de muerte, y lo que yo quiero son manifestaciones de vida. Me gusta la ciudad por su ruido continuo, por sus bocinas, por sus motores.

Me gusta el campo, porque las manifestaciones de vida que allí se ven son más suaves, más naturales; la mano del hombre no ha intervenido en el bullicio de los pájaros, en el murmurar de los arroyos, en los diálogos de los árboles, en el colorido de las auroras, en el perfume de las flores. Y todo esto hace ruido, no permite silencio.

He oído hablar del silencio del campo. ¡Qué error! Yo, que he vivido en él, no he conocido un minuto de silencio. Los únicos son aquellos en que, entregada al sueño, mis sentidos no perciben el ruido de los demás seres que pueblan la naturaleza, y que no son como yo, que aprovecho la oscuridad para dormir. Yo no concibo el silencio, ni por un minuto siquiera. Sería necesaria la muerte total para obtenerlo.

O. D. A. Pico escribe:

El profesor pidió un minuto de silencio; un minuto tan sólo debía durar lo que supusimos un castigo a nuestra inquietud, a nuestra intranquilidad, a nuestra conversación ruidosa de niños grandes, que, por ser todavía niños, somos

también un poco rebeldes y juguetones. El parloteo bullicioso que llenaba el salón de clase cesó; las pupilas se dilataron como aguardando la llegada de algo asombroso, y se aceleró el ritmo de todos los corazones, impacientes por la espera.

Un minuto, brevísimo lapso de tiempo material, que es, sin embargo, suficiente para que nuestro espíritu se liberte de las sensaciones cotidianas que como lastre lo sujetan al mundo real y se fije en otros horizontes, en otras esferas.

¿Qué pensé durante este minuto?

¿Es que acaso pensé en algo definido, determinado? Creo que no. Mi pensamiento vagó sin contralor, sin detenerse, sin posarse, como abeja que, encontrándose ante multitud de bellísimas flores, no se decide a libar en ninguna de ellas.



Con el tema «¿Qué lugar de la casa prefiere?», escribe B. Pérez García, alumna:

No es que te prefiero, es que te quiero, eres parte de mi vida.

¡Cuántas veces me tranqué, y luego, en la obscuridad, sólo tus paredes oyeron la queja de la tía rezongona! Abrí otras tantas la vieja ventana y me sentí feliz, quise que el sol te inundara de luz y calor, y luego, en ese ambiente de alegría, reí, canté, qué sé yo todo lo que hice.

Aislado del centro de la casa, quería a mi feo aposento con todo el cariño que se puede tener al amigo íntimo que, con un silencio absoluto, nos oye sin dejar que intervenga ninguna otra persona. ¡Cuántas cosas sabes de mí! Me viste melancólica con los ojos en la calle solitaria y el libro en

las manos pasar horas enteras y cambiar repentinamente del dolor al placer.

Lloré cuando me despedí de ti y del tranquilo pueblecito. Te recuerdo porque en ti pasé los días más tristes y más felices de mi corta existencia.

Allí vivía cada momento del día.

Ahora no prefiero ningún lugar de mi nueva casa.

Soy una extraña en ella.



Acerca del tema «Mi primer encanto o mi primera decepción», L. O. Clavera anota:

Mi primer encanto fué la contemplación del cielo. Mi primera decepción, la desmenuzación científica, la vivisección razonada de las ilusiones; el brillo de las estrellas, el prodigio del sol naciente, la gracia de un rosado celaje, la fantasía maravillosa de la pálida viajera que horadaba, incansable, las nubes, para mirarme...

Mi fantasía cayó para siempre.

Un autodominio del que me siento orgullosa, aunque algo amargada, me hizo ver, con el sarcasmo de la ciencia, a través de las matemáticas, el aspecto real, material, desconsolador de las cosas más hermosas.

Y en la perfumada rosa, conté las hojas y examiné el cáliz y calculé el costo de producción, la calidad de la tierra y los abonos.

Y en la mariposa fugaz consideré la oruga y en el rocío, el frío de la noche y la quietud del viento.



«¿Qué lugar de la casa prefiero más? ¿Por qué lo prefiero?», pregunta M. T. Coolingham, y contesta:

Allá en la Argentina, en un apartado rincón de Santiago del Estero, hay una vetusta casa. Pertenece a una estancia. Entramos. Todo nos llama la atención. Todos los objetos, los cuadros, nos son queridos. Mi madre se detiene en esto, en aquello; yo voy derecho al salón de la biblioteca. Me detengo a mirar la chimenea apagada. Sobre ella hay un gran cuadro de lord Wéllington, con aspecto ceñudo; pero que, al verme entrar de nuevo, parece que su fisonomía sonriera. ¡Es claro, después de tantos años! Los primeros años de mi infancia desfilan por mi mente; primero, risueños; después, tristes, hasta el día fatal que dejamos la casa. Esa chimenea antes tenía fuego. Mi padre vivía. Con él pasábamos largas horas sentados a su lado contemplando el alegre baile de las chispas enloquecidas. Hoy ya no están ni las chispas, ni mi padre. Pero está este rincón. El que tiene todos mis recuerdos, mi niñez: el que yo amo. Quisiera prender de nuevo la chimenea, pero no: lord Wéllington no me lo permite, y sin mi padre querido sería un sacrilegio.

En la intimidad del hogar con mis padres, lo pasaba feliz. Allí nos hablaba de su querida patria, de su casa, de sus abuelos y de las brumas, mientras arreglaba el fuego de la chimenea. Cuando me quería dormir, me asustaban con lord Wéllington: no me era simpático, pero ahora sí.

Tú, rincón, has oído estas cosas, pero el que las contaba ya no está. Quizás ya no te acuerdes, pero yo sí, ¡oh, sí me acordaré!



Comentando la lectura de una parábola del Evangelio de San Lucas, escribe M. M. Mendoza:

Jesús entró a casa del fariseo que le ofreció su mesa, como acostumbraban las gentes, con el galileo sin pan y sin hogar en el mundo. Y hallándose Jesús sentado junto a los de la casa, llegó hasta él una mujer, María Magdalena, con un vaso de ungüento, y ungió sus pies y los secó con sus cabellos y los besó. Y todo lo hacía llorando, mientras los hombres murmuraban. Y uno dijo: «Si éste fuera profeta, sabría qué mujer es la que le toca.» Y Jesús, adivinando la mezquindad que provocaba, en aquel endurecido corazón, la actitud de la mujer y la propia, dijo, dirigiéndose al que murmuraba: «Tengo que decirte una cosa.» Y le habló de la deuda de los denarios, del perdón de los deudores y preguntó: «¿Quién ha de amar más?» Y respondióle el otro: «Aquel a quien se perdonó más.»

Y Jesús, entonces, dijo a la mujer, que era una gran pecadora, pero que tenía fresco el corazón, por el amor, como una rosa de Jericó: «Tus pecados te son perdonados.»

Y la mujer levantóse y fuése «en paz».

Los hombres quedaron con un estupor mezclado de indignación. Y Jesús quedó, sereno, mirando hacia la campiña por la puerta abierta y sus miradas iban del horizonte a las estrellas, porque su alma había engrandecido y buscaba infinito para su infinito.

Y quedó en el mundo, desde ese instante, una vibración nueva. Era algo sutil que se infiltraba en las almas, y era como música, como perfume, como luz. Era amor. Era perdón.

Perdonar, ejercicio hondo de las almas, suprema caridad, virtud casi divina, que, no obstante, todos debemos ejercer.

Primero, cuesta mucho, porque el orgullo es duro. Poco a poco se vence, con el esfuerzo de la voluntad.

El primer perdón deja un sabor amargo, aun no es perdón. Luego vienen otros y otros y llega aquél, aquel que damos espontáneamente, con alegría de nuestro corazón, con una diástole gigante del espíritu.

Aquel que nos da una paz mayor con nosotros mismos, que nos mueve a bendicir aquello que lo provocó. Aquel que da una conmovida felicidad, un profundo consuelo al que lo recibe.

Perdonemos, perdonar es amar.



El tema descriptivo, de un paraje preferido de la ciudad, lo intenta A. Sciutto, así:

Me agrada el puerto, cuando despierta y se anuncia la hora de los trabajadores.

Borradas las sombras en el desperezo del día que comienza, el puerto es ruidoso en su claridad mañanera. Se mueven los brazos de hierro de los guinches, resoplan las turbinas y se llenan los caminos de gente trabajadora.

Son los trabajadores del puerto, los hombres de torsos cansados, y rostros curtidos, de fatiga y de sol, que forman el ejército de las dársenas y de los diques. Son ellos los que, doblándose bajo el peso de la carga, ascienden las planchadas de los barcos en reposo y llegan hasta la oscuridad de la bodega.



Otro estudiante, E. Tuana, válese del tema elegido, para describir una escena escolar.

Terminan los cursos, el cielo es de raso azul, rasgado, a trechos, por nubes blancas. Hay en los bordes de la sombra una delgadísima coloración azulada. Rasgan el aire los puntos obscuros de las primeras golondrinas en vuelo. Refulgen, nítidas, las paredes blancas. Hace un poco de calor. El sol esparce su oro sobre la verde sombrilla de los árboles.

Es agradable caminar bajo la sombra de los plátanos corpulentos y pensativos. Dentro de este panorama de belleza se desarrollan los exámenes escolares.

Flores en los jardines y exámenes en las escuelas.

Flores para alegrar la vista, y cantos infantiles, y vocecitas que quieren ser sabias en gramática, en aritmética y en geografía.

Flores, niños y pájaros.

Delantales blancos, moños en las cabecitas inquietas, manos que se mueven acompasadas, bocas que cantan.



«Hamlet», tema ilustrado, de predilección general, es tratado diversamente, como se leerá.

Z. Gamundi escribe:

Hamlet es profundo como la muerte, misterioso y hondo como el más allá.

¿Qué es Hamlet? Es alguien de quien todos poseemos algo, es más que un simple personaje de tragedia, es un hombre.

Como tal lo sentimos, y en esta forma actúa. Es más, es un problema filosófico, moral; de él podemos sacar una significación.

Hamlet es, en fin, la duda, la indecisión eterna, nunca

se resuelve; delibera mucho, muchísimo, y pasa toda la tragedia antes de que se decida a ejecutar su venganza.

Duda, ¿de qué? De todo. Parece que no se mueve y sin embargo es movible como la vida.

¿Ama Hamlet? Y si ama, ¿cómo puede mostrarse tan hosco y cruel con Ofelia, con la suave, tierna y dulce Ofelia, de la que Bécquer habla con tanta emoción?

Cuando ejecuta, ¿obra porque así se lo había propuesto? No. Su estado de ánimo, lo que piensa, no está de acuerdo con lo que ejecuta, o por lo menos, no va impulsado más que por las circunstancias; obra porque así lo exigen las condiciones del momento.

H. I. Volpe expresa:

Hamlet es la duda y la duda es Hamlet. No se puede concebir el uno sin la otra, cuando se lee profundamente esta tragedia de Shakespeare, que tiene la virtud de contagiarnos el estado de vacilación y desconfianza que caracteriza al personaje.

Es difícil hacer un juicio de éste, un tanto extraño, cuya complicación espiritual nos lleva a analizarlo, sin conseguirlo, como sería nuestro deseo.

Frente a Hamlet, surge en nosotros la parte de su espíritu que todos llevamos dentro y dudamos mucho al juzgarlo. Nunca puede él convencerse de una cosa, pues ni aún la sombra de su padre, que representa lo desconocido, la conciencia metafísica, logra infundir en su alma el convencimiento y la resolución que necesita para obrar.

....

Shakespeare alude a su figura, diciéndonos que es bajo y un poco gordo, pintura que, según la opinión de mucha gente, desilusiona; y yo, en realidad, no acierto a comprender por qué. Si el autor de la obra no lo hubiera dicho,

nunca se me hubiera ocurrido imaginarlo físicamente, pues absorbe toda mi atención el espíritu del personaje.

Hamlet es un problema que se complica y presenta más aspectos, cuanto más nos empeñamos en resolverlo. Pero sentimos placer en estudiarlo y tratar de comprenderlo, porque cada vez se hace más grande la atracción y simpatía que sobre nosotros ejerce su rara naturaleza.

B. Scarsi, a su vez, anota:

...Su físico es completamente distinto al imaginado por mí. Lo comprendí en el último acto, cuando la reina le pide que descanse... Lo creía pálido, fino, flexible, consumido por una terrible duda, y es por el contrario pesado, linfático y hasta un poco tardo.

¿Hamlet ama o no ama a Ofelia?

Le vemos indiferente con ella, no se preocupa aparentemente de la presencia de su amada. ¿La ama?

Se separa de ella para proseguir su obra de venganza. ¿Esto es amor?

El amor y las cuestiones sentimentales se presentan con tan variados y personales aspectos, que es casi imposible aventurarse en juicios.

Yo creo que Hamlet ama a Ofelia, pero que sacrifica su amor en aras de otra pasión más fuerte, que es la venganza de la muerte de su padre y el reposo del alma errante del viejo rey.

Y la alumna A. F. Claro sumerge su espíritu en las dudas del personaje, explicando:

En este mismo instante en que empiezo a escribir quiero

adormecer en mí misma el alma de Hamlet que siento que palpita en la mía.

Son tan variadas, tan numerosas las cosas que en la vida nos llaman, que no sabemos a cuál acudir. ¿A todas?... ¿A ninguna?...

¡Oh, Hamlet, divino Hamlet! Te siento ahora, en un instante al parecer sin importancia, como es el de elegir un tema para escribir. Pero es que las cosas pequeñas, insignificantes, son la esencia misma de las más grandes. Los hechos pequeños nada o muy poco valen en sí. Pero, ¿qué es la vida, sino la obra de pequeños y de grandes hechos?

Esta pequeña duda acerca de la elección de tema, me sirvió muy bien para acordarme de las dudas, vacilaciones infinitas de los hombres de todos los tiempos. Es decir, a recordar, a comprender a Hamlet, el personaje más grande, más admirable de Shakespeare. El que yo he sentido más cerca de mí misma y de todos los hombres, porque, ¿qué es Hamlet, sino la concentración de las deliberaciones, de las dudas que todos los humanos sentimos y que ponen freno a las acciones?



Tema común «El domingo», lo tratan tres discípulos. M. E. Silveira de Andrade escribe:

¿Por qué es distinto a los demás, por qué le esperan con ansia si es igual a todos los otros? No puedo comprender cuál es el aspecto del domingo. Para mí es un día común, más pesado que los demás. Yo no lo espero; al contrario, a veces desearía que no llegara.

¿Qué es el domingo? Un día en que no se trabaja, que es de fiesta para todos. Sé que después de trabajar una semana, el domingo es el día de alegrías, el día en que la familia se recrea reunida, la madre junto a su hijo que posiblemente vió escasos minutos los días de labor.

E. Varela dice:

Las sirvientas parecen ese día más livianas, pues van de un lado a otro con gran ligereza para terminar temprano e irse a sentar al banco de un parque, donde espera el novio con el acostumbrado paquete de caramelos.

Las salas de espectáculos, principalmente en los días fríos, se ven sumamente concurridas, pues parece que se volcara todo el mundo, tanto ricos como pobres.

Da gusto, verdaderamente, ver los domingos, esas familias que salen a paseo con alegría, que hablan del placer de estar todos juntos, con todo un día para divertirse.

Domingo, día «cache», como dicen muchos ricos. Domingo, día hermoso que realza todas las ilusiones y proyectos que alegran la semana de trabajo de la gente buena y humilde.

Finalmente, M. Jiménez de Aréchaga, cuenta:

Faltan cuatro, tres, dos, un día, uno solo y ya llegará el gran día, ¡nuestro día de farra!, como le habíamos puesto. ¿Estará bueno o malo el tiempo? «No se vayan a dormir, porque el tren sale a las seis en punto», nos decía mamá. «El primero que se despierte llama a todos los dormitones. Dejen por la noche todas las cosas prontas, para no perder el tiempo, y ahora, todos a la cama, que ya es muy tarde.»

Como buenos chiquilines que éramos, todos nos acostábamos en seguida, sin comentar nada. Teníamos miedo de enojar a mamá, y quedarnos sin nuestro paseo, tan bien programado.

Ibamos a Las Piedras, a la quinta de un tío que tenía muchos chicos, y junto con otros primos formaríamos un buen batallón para poder divertirnos de la mejor manera.

Hacía un mes que teníamos el proyecto hecho, pero siempre nos surgían inconvenientes, de modo que cada día aumentábamos un nuevo número en nuestro programa. Saldríamos de casa a las seis y volveríamos a las ocho. Nuestro paseo iba a resultar famoso.

Habíamos comprado pasteles, caramelos y otras cosas para el almuerzo, y regalos para los primos. Todo, con el alboroto de los diez años.

¡Por fin llegó el domingo! Pero, ¡qué desilusión! Amaneció lloviendo, y como es de imaginarse, no nos consolábamos.

¡Cómo quedarnos sin el paseo! ¿Y todas las compras? ¿Y los primos que allá nos esperaban? Ya se pondrá bueno el día.

Y esperando que así fuera, nos pasamos entre ruegos y lamentaciones toda la mañana, hasta que al fin resolvimos postergar el paseo, para el próximo domingo...

Lo dicho

Temas, sujetos, alumnos.

Una idea y otra distinta. Una percepción, un signo característico.

Preferencias y disonancias. Luz, estilo suave o cimbreante, o indeciso, o ausencia de estilo. Len-

guaje terso, rico, o encogido. Una visión plástica, otra lívida, un adjetivar discreto o amanerado, un sentido hondo, trascendental, casi dramático. Apetecer, desechar, exaltar. Claridad, penumbra. Y firmeza también.

Todo. De todo. Cada ser en lo suyo, distinto y variadísimo, pero *suyo*. Con algo que late y vibra, con algo que decir, que se sabe decir y que se dice.

¿Alguno, escritor, poeta, artista del futuro? ¡Ojalá!, confirmando más de una prueba transcripta. Pero, para ello insistir, perseverar, no ya en la clase, sino fuera de ella, a pleno sol, donde maduran los tallos y la fruta se muestra en sazón.

Y si no artistas, poetas, escritores—que inevitablemente no puede criar una clase—hombres, capacidades de pensar por sí, sentir holgadamente, discernir y contar las cosas limpiamente, con esa naturalidad apetecible que torna el arte en costumbre.

Podrá echarse aquí de menos la opinión profesoral sirviendo de guía en el dédalo de impresiones, ideas y voliciones. Y se preguntará: ¿A qué arribó la clase? ¿Sabe ésta cuál es el mejor monumento de Montevideo? ¿Cuál la playa de mayor belleza? ¿La infancia es cruel o piadosa? ¿Cómo obran las lecturas en el entendimiento?

Estas y otras cosas que habrán de notarse no

pueden responderse en detalle, a menos de desfigurar el carácter de una clase de literatura y com. posición.

La edad, las prácticas de pedagogía, la observación, las nociones estéticas y la madurez del discernimiento habrán de dar a cada uno de los estudiantes la idea precisa de los términos interrogantes. Pero esto no es lo fundamental, por ahora.

Ello, lo fundamental, es hoy que los alumnos de las clases de literatura y composición sean capaces de pensar y de sentir individualmente, y, sobre todo, que posean la condición no muy fácil ni frecuente de expresar ideas y sentimientos con esbelta naturalidad y hasta con atisbos de estilo superior, como dan pruebas algunos trabajos de los conpuestos en el aula.

Excelencia

¿Artistas? ¿Escritores? Enhorabuena, tamizando las clases al aire libre.

Con literatura lírica, que es poesía, o con literatura de ideas, que es la prosa. De ideas, porque la prosa verdadera es el idioma de la definición. Es, en vez del esplendor poético, el interés intrínseco del pensamiento.

Más aún, con respecto a la prosa. Su riqueza proviene de la riqueza de las ideas, no de las palabras. Su libertad, de la libertad de idear.

Más aún, como oposición. La poesía pura es la creación de estados anímicos y sentimentales indefinidos. La prosa pura es el lenguaje de la idea pura.

Claro está que el prosaísmo lo contiene la idea más que la forma. Pero hay formas que vuelven prosaicas altas ideas.

La prosa superior, bella, no puede ser prosaica, porque una idea bella es, por tal, exaltación lírica. Proviene aquélla de la resonancia de las ideas a través del vocablo y no, como se suele creer, de la resonancia del vocablo. Es como la grandeza que crea el hombre para olvidar la ignorancia de su destino.

Muestras

Aunque la obra, por sí sola, traduce, interpreta y puede aleccionar de mejor modo que la más fértil de las proposiciones, anoto a continuación una serie de temas que pueden aplicarse en las clases de literatura y composición.

Como ya he dicho, considero que los trabajos escritos deben hacerse en la clase, y que, en todos

los casos, deben responder a varios temas a elección del estudiante.

PRIMER AÑO

Temas de ejercicio y redacción: Reconstrucción de un dictado.—Análisis de trozos literarios.—Corrección de un artículo periodístico.—Redacción de una carta (no de pésame).—Un diálogo sobre temas de literatura, obras, autores.—Traducción elemental de un dictado en francés, inglés o italiano.—Relato de un episodio de determinada obra literaria.

Temas generales de descripción: Mi casa.—Descripción de una figura o cuadro elegidos.—Descripción del salón de clase.—Retrato de un compañero.—Descripción del puerto.—Un paseo al campo.—Una biografía.—Descripción libre.

—Usted tiene en su pasado infantil un día en que la vida le pareció particularmente bella. Evóquelo y cuéntelo, procurando relatar sus impresiones con toda sinceridad.

Temas generales de imaginación: La tierra.—El ejemplo.—El hogar.—El cinematógrafo.—La escuela.—Los árboles.—El reloj.—La educación.—El lenguaje.—Mi aspiración.—¿La ciudad o el campo?—El teatro.—La lluvia.—La memoria.—La

caridad.—«Mientras suenan las campanas...» (continuar).—El cartero.—La edad.—La suerte.—Comienzan los cursos.—La música.—El patriotismo verdadero.—La leyenda.—La historia.—Mañana.—Los cuadros.—La calle de mi casa.—El circo.—Las nubes.—La duda.—El domingo.—La voluntad.—El deber.—«Cuando yo sea...» (continuar).—La cosecha.—Un naufragio.—El afilador.—Un día de clase.—La lotería.—Los viajes.—La muchedumbre.—El deporte.—La vocación.—Las ventanas.—La familia: su valor moral.—El mar.

—¿Se ha mudado usted alguna vez de casa? ¿Qué reflexiones le ha sugerido el suceso?

—Escriba, sinceramente, lo que quiera acerca de sus estudios.

Temas de ilustración literaria: El programa de la enseñanza puede ofrecerlos adecuadamente, escogiéndolos con tino, de forma de eludir la repetición libresca de los asuntos. Por ejemplo: no Larra, sino el relato, el espíritu o la comprensión sencilla, de *El Castellano Viejo*.

SEGUNDO AÑO

Temas de descripción e imaginación: Biografía del alumno que pierde el tiempo.—¿Recuerda usted las estatuas que hay en la ciudad? ¿Cuál le

agrada más y por qué?—¿Qué paraje del Prado le parece el más bello y por qué?—Retrato de un animal que vive cerca de usted y que ha dado algunas pruebas de inteligencia.—¿Cuál de las plazas de Montevideo le agrada más y por qué?—Piense en el árbol que prefiere y descríbalo.—Atardecer.—¿Qué piensa y se promete, al reiniciar su labor escolar?—Abrir la ventana y describir el panorama.—Relato de una excursión a los alrededores (este trabajo puede hacerse fuera de la clase, con tiempo largo, de acuerdo con un cuestionario del profesor).—Relate la impresión que le produjo una representación teatral o una audición de música.

—Hay en su casa un lugar preferido. ¿Cuál es y por que?

—Una visita el Museo de Bellas Artes. Relate sus impresiones.

—Mi biblioteca. Cómo está formada y qué más desearía tener en ella.

—Diga lo que sabe y piensa de las hormigas.

—El sentimiento de admiración. ¿Qué sujetos de la historia o la ficción admira usted? ¿Le agradaría parecerse a ellos?

Temas de comentario y discernimiento: Hay en toda biblioteca «un cementerio», es decir, un grupo de libros que no se leen más. ¿Ha hecho

usted un «cementerio» con sus libros de infancia? Indique los que han quedado definitivamente abandonados, aquellos que lee de cuando en cuando y los que lee siempre con placer.

—¿Qué lecturas son las que han contribuído a mejorar su personalidad?

—Si los grandes hombres tienen pequeñeces, ¿cuáles son algunas de ellas y en qué forma se muestran?

—Que un grupo selecto de alumnos, indicado por el profesor, escriba en su casa «un diario» familiarmente de las impresiones cotidianas. Darles plazo. Pero que haya espontaneidad y en modo alguno sujeción ni obligación de escribir todos los días.

—Dice Rodó: «La juventud que vivís es una fuerza, de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro, de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros.» (*Ariel.*) Explicar el significado de la frase y citar ejemplos que la atestigüen.

«Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, so pretexto de que vuestra organización indi-

vidual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores.» (Rodó, *Ariel.*) Explicar las ideas expuestas y el motivo de su forma discursiva. Citar ejemplos personales y justificarlos.

—«La obra de Rodó—dice Rubén Darío—, se concreta en ideas, en ideas decoradas con toda pulcritud, por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastro y de mármoles.» Probarlo. Citas adecuadas de las obras de Rodó y ejemplos de su estilo.

—Dice Valéry: «¿No has observado que en una ciudad, entre los edificios que habita la gente, unos están mudos, otros hablan, y otros, los más raros, cantan?» (*Eupalinos*, pág. 106.) Explicar lo que ha querido decir el escritor y mostrar, de un modo general, lo que distingue esencialmente la obra de arte de otras creaciones humanas.

—«El verdadero erudito, como el verdadero filósofo—dice Foustel de Coulanges—comienza dudando.» Explicación y comentario.

—«Sí, es verdaderamente bello aquello que no sirve para nada. Todo lo útil es feo», dice Gautier. ¿Qué piensa usted de esta afirmación?

—«Días de sol y días de lluvia, días de tristeza y días de alegría, todos son igualmente útiles al perfeccionamiento personal, si se les sabe emplear

bien», dice Prévost. Comente dicho pensamiento.

—«Hay lugares que uno admira; hay otros que encantan y en los que gustaría vivir», dice La Bruyère. ¿Ha notado usted estas impresiones y podría dar ejemplos personales?

—Comentar este pensamiento de La Rochefoucauld: «La felicidad está en el gusto y no en las cosas.»

—«Somos esclavos de la ley—dice Cicerón en *Pro Cluentio*—, para poder vivir en libertad.» ¿Qué significa? Ponga ejemplos.

—«Reformarse es vivir» (su significado).

—Un conflicto de deberes.—Influencia de la vida en la obra del escritor. Ejemplos.—El sentimiento de la paz universal.—Conversación entre los libros de una biblioteca.—«Es más fácil abstenerse que contenerse».—¿Está usted satisfecho de vivir en la época presente? Si no es así, ¿cuál preferiría?—¿Qué piensa usted de la curiosidad? ¿No hay diversas formas de ella, loables y censurables? Dé ejemplos.—La conciencia.—Mi primer encanto o mi primera decepción.—Relato de una aventura de la infancia fielmente inscrita en la memoria.

—Explicar este pensamiento de Cervantes: «Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para

los hombres; pero, si los hombres las sienten mucho, se vuelven bestias.»

—«No hay atención sin distracción». ¿En qué sentido es necesario comprender esto? Explique.

—Examine y desarrolle el siguiente pensamiento de Dürkheim: «La moral es un vasto sistema de prohibiciones.»

—¿Es cierto que el mejor método no vale lo que un buen maestro?

—La simpatía: su naturaleza y condiciones psicológicas.

—¿Ha tenido usted ocasión de comprobar en la vida diaria, fuera del liceo, algún provecho de sus estudios?

Temas de ilustración literaria: El programa de la enseñanza puede ofrecerlos, cuidadosamente escogidos, eludiendo todo aquel que suponga una erudición puramente libresca.

Al margen del programa, o derivando de él, pueden ofrecerse muchos, como algunos de los siguientes:

—Explique el significado de un refrán que le parezca real y profundo.

—El sentimiento nacional, el pasado histórico y el presente en *La leyenda patria,* de Juan Zorrilla de San Martín.

—Cuadros de la naturaleza en *Tabaré*. Pintura del medio en que actúa el personaje.

—El retrato y la descripción en *La Epopeya de Artigas*.—¿Cuál de uno y de otra recuerda como más hermoso?

—¿Cuál de las pláticas del *Quijote* le agrada más y por qué? Explique.

—La cordura de Don Quijote. Episodios y pasajes preciosos del libro.

—Explicar y desarrollar un episodio dramático del *Quijote*.

—El amor de Don Quijote y los otros amores del libro.

—Homero llama a Odiseo «el intrépido», o «el paciente», o «el ingenioso» o «el sutil». Justifique estas expresiones con la ayuda del recuerdo de la lectura de *La Odisea*.

—Lectura comentada de...

—Comentar y desarrollar las ideas, justificarlas con ejemplos precisos de la vida cotidiana de algunos de los consejos preferidos que dió Don Quijote a Sancho al asumir éste la gobernación de la ínsula Barataria. (*Quijote*, II, cap. XLII.)

—Personajes, caracteres, pasiones: Hamlet,

Yago, Próspero, Lear, Ofelia, Desdémona, Cordelia.

—Episodios del *Infierno* de Dante.

—*Herman y Dorotea.*

—*Prometeo*, etc., etc.

III.

Después de la clase

III

Después de la clase

Fin de curso

Despedida, alejarse, separarse los seres y las cosas...

Hay un ritmo de armonía en el fondo de estas determinaciones de la vida, concertadas con la expresión melancólica de la naturaleza. Miramos el cielo y no vemos el fulgor de todos los días, escuchamos el silencio deteniéndose como un mundo cargado de voces y hasta nos parece aspirar en el espacio el contenido esencial de nosotros mismos.

Pero no. No es despedida, sino encuentro. No alejarse sino hermanarse los seres en el encendimiento espiritual. No separar para siempre lo que no puede estar más que unido para siempre. La

palabra es una convención que se amolda a la física de la vida; mas, como la vida tiene en su entraña una alquimia especial sin molde, ni término, ni latitud, la palabra es torpe, no sirve entonces y dice que el alma se despide cuando más se estrecha y que las ideas se separan cuando más abrazadas están. Eso es todo.

Ideas y alma. Y por deducción lógica, alma de las ideas e ideas del alma.

En una casa como este edificio de recuerdos que nos cobija una vez más, en una Dirección que dirige sin direcciones, y en unos alumnos como los presentes, que serán maestros de saber y aprendices de la vida y que han de ser, también, todavía alumnos nuestros hasta que lleguen a superarnos, con todo eso, no hay necesidad de decir lo que propiamente es la unidad por la determinación incontestable de la vida: alma e ideas, ideas del alma y alma de las ideas.

Declarar esto como un resultado halagüeño de los años de experimentación, comprobarlo conscientemente como todos y cada uno de nosotros ha tenido que hacerlo en un día u otro del curso, en una clase, en una conversación, en un pensamiento sin forma errando como una armonía sobre el ritmo del trabajo, ¿no es realmente una satisfacción que colma el ánimo de alegría?

Sí. ¡Qué importa que caiga la noche si se incorpora un día de luz! «Bendita espina que hiriéndome el pie me hizo levantar los ojos al cielo», cantaba una poesía de los griegos. Y es así. Aunque las notas parezcan estar al borde de la tristeza, la vida es un don de idealidad y de dicha que se concede gratuitamente a los hombres ocupados con el alma en la libertad y el desinterés. Don de satisfacción, de prosperidad encima del infortunio, fermento de ilusión que no engaña ni desconfía y que conserva y prolonga hasta el término del entusiasmo la santa preocupación de las cosas amadas.

Alegría, placidez, serenidad y recuerdos también, que no pueden apagarse porque arden en una sagrada combustión espiritual. Que todos recojamos mañana de esta casa aquellas palabras que puso Saint-Pierre en el momento de despedir a su amada:

«Te pido—decía ella—que me lleves en la memoria, que hables de mí en todo momento, bien o mal, como quieras, pero que hables siempre de mí. Porque si llega un día sin que tus labios pronuncien mi nombre, entonces, sí, pensaré que me has olvidado.»



Las clases terminan porque tienen que concluir, rigurosa y materialmente hablando. Muy a pesar de todo lo que ello apena, diremos con una paradoja que es una suerte que concluyan, porque así continuarán perdurando en el ánimo... Sólo se olvidan las cosas que no concluyen.

Mañana, el año próximo, tendrán ustedes otras enseñanzas, otros cursos, otros maestros. Tiene que ser así y es justo. ¿Cómo será lo que esperan?... No lo sé. Ustedes lo sabrán años después, cuando todo lo que hoy vive en nuestro derredor pase a la esfera de los recuerdos, por decantación.

Sé, sí, que lo de mañana será distinto, cumpliendo la ley de la vida de que nada se repite del mismo modo igual. Y es una suerte, porque de ese modo habrá más variedad en el panorama. A la edad de ustedes, nada postra el ánimo como aquello que siempre es igual y lo mismo: los mismos cursos, los mismos hombres, las mismas ideas...

El fin, el término de una cosa que pasa por nosotros, ha de ser la resultante de las actividades empeñadas, una síntesis ulterior de las representaciones y sensaciones que se esquematizan y se estilizan. Esa esencia de las cosas, ese sentido interior de los cuerpos, parece a primera vista un equilibrio inestable. Es ello ilusión, cosa fugaz, que abre las

puertas del futuro donde todo, hasta lo más trivial, adquiere estabilidad, fuerza psíquica y perduración. Ocurre que el hombre es místico y ve la realidad, mas como la vida tiene poca realidad se confunde y no ve nada...

¿Actividades empeñadas? Sí, y grandes en nuestro aprendizaje de la Literatura, que es aprender a defenderse de la intemperie social, adquiriendo elegancias contra el mal gusto y la deformación.

Cosa viva y palpitante es la materia en vez de acumulación inerte. Lecciones, trabajos escritos y fuera de clase actividades fecundas, como las visitas a los escritores y artistas que conocimos. Y no hicimos más porque no pudimos, pero todo lo hicimos ardorosamente, convencidos y con buena fe hasta en el error.

Ahora, como al principio y como siempre, debe complacernos más la calidad superior de la enseñanza que la enseñanza en sí, como noción adquirida. Pedagogías aparte o primera de las pedagogías, interesa más vivir que hacer, sugerir más que inculcar y sobre todo, ser más que saber. Porque saber, inculcar y hacer, no pasa de una fría función didáctica, epidérmica, que comienza en palabras y concluye en la puerta de la clase. Lo interesante es la vida que arranca de cualquier cosa,

así sea de la flor, de la célula o de las grietas de la tierra y no concluye ni en esa región infinita que miramos en el confín.

Descendiendo a lo nuestro, recordaremos que hemos viajado con el programa de los estudios, pasando por una galería de autores y de obras. Todos éstos distintos, ricos o menesterosos, hondos o sutiles, medianos o superiores, de vuelo caudal y de alas de perdiz también, pero todos, sin excepción, hombres de trabajo, comunicándonos su fe ardiente y probándonos otra vez que no se enseña lo que se sabe o se cree saber, sino lo que se es. Aquí está todo: aprender a ser, cultivando sin descanso la armonía de las actitudes que es la estatua de la personalidad.

Cada uno su estatua con ahinco, pero con libertad. Sí. Libertad de textos, de gustos, de apreciaciones. Que el profesor sea guía de la clase, pero no amo, imponiendo su voluntad. Guía y no regresión, ni función vacía, como esa que se llena con la socorrida palabra técnica de «moldear espíritus», equivalente a la realidad de deformarlos. No olvide nunca el profesor que lo que a él le gusta puede chocar al alumno; pero recuerde, también, el tacto necesario de hacer apetecible lo que no atrae, pues el trabajo que rinde y el más productivo es el que sale de las manos de un hombre

alegre. Sí, sí, es inútil lo que disgusta y estorba el vivir, pues si cada pensamiento arruga una ilusión y cada lectura roba una alegría y cada obstáculo deja un enfado, ¿de qué sirve vivir? Depurar el desaliento, alisar el cerebro, simplificar el laberinto de las circunvoluciones, la conciencia sana y apta para la convivencia amable y la tarea común, eso es dejar vivir excitando a ser. ¿Contrariedades? Bueno. El mundo está hecho, forzosamente, de lo que tiene que haber para el hombre, es decir, de obstáculos. Ya lo sabemos y no hay que vacilar, aunque la duda sea, como es, la expiación de la inteligencia. Conviene aprender esto y no olvidarlo. ¿Acaso no se aprenden cosas más difíciles, como son las de ser feliz?

¿Qué más?

De ustedes, mis discípulos, mucho; del profesor, nada o casi nada. He procurado hablar de mí lo menos posible, no por egoísmo, ni por superioridad desdeñosa, sino porque no es cosa de buen gusto hablar de sí mismo. Por otra parte, cuando yo no esté, otros dirán de mí... si vale la pena.

En realidad, más que de ustedes, hablo para ustedes antes de separarnos. ¿Quién dice que no nos veremos más? La vida es larga, más que la ansiedad y que el propio recuerdo que edifica los días. Entretanto que ella se nos viene encima,

agradezco a todos ustedes su atención y les pido sinceramente que sean hondos hasta la bondad.

El camino de Virgilio

Una vez más, la última, el profesor va a asistir a su clase. «Adiós. Ya no soy tuya», podrá decirle en adelante toda la clase, como Eurídice en las áureas regiones de Orfeo.

Camina pausadamente bajo la sombra estival de los plátanos. No es la suya una aventura épica, tal que las de Eneas, sino la promoción incansable y serena del deber cotidiano. Va a enseñar no lo que sabe o cree saber, sino lo que es, lo que se es desinteresadamente con generosidad del espíritu, para organizar armonías vivas del intelecto y del alma. Y porque ama su tarea—tal que el rudo campesino del Lacio—, ella es alegre y rinde, dejando pensar que en la vida se vive con aquello con lo cual también se es capaz de morir.

En la intersección de tres calles que salen a su encuentro, no se ve la campiña sonriente que asomaba en los aledaños de Roma, regada por el Tibur sagrado, sino los tonos amarillentos, lívidos y jaspeados, de un monumento erigido en bronce (1), donde hombres, bueyes y arados edifican el

(1) El monumento del gaucho.

recuerdo de los patrios lares. A su derredor, como en el barrio de la ciudad de Octavio evocada en la égloga de Títiro, la actividad se ejercita en un apresuramiento febril: hombres y cosas, pies y ruedas, todo avanza, todo quiere pasar adelante, y hasta la luz se detiene sobre los muros y bajo las nubes, antes de ceder a las sombras. El alma entonces se retrae, como si anhelara una lontananza de soledades y casi no sabe dónde va, ya que ignora de dónde viene.

El que la lleva y se dirige por última vez a clase sigue la ruta como el dulce poeta que huía del bullicio ciudadano. En una esquina bañada de sol hay una librería pequeña, donde es difícil que esté Teócrito, o Lucrecio, o Hesíodo, o Jenofonte, o Varrón, pero, eso sí, no faltará un viejecito escueto, de palabra espiritual como Julio Lemaître, diciéndonos casi en secreto que Virgilio fué el primero de los poetas de laboratorio. ¿Qué más da? El hombre ha de pensar, y desde este momento se encadena a sus ideas. «Tener ideas—decía un humorista—es una forma de no saber nada.»

Frente a los libros, en la esquina de Yí, los ojos descansan en la placidez de un jardín con árboles y flores. La reverberación de las casas cercanas y de los tranvías aumenta hasta el exceso la luz cruda del follaje, que vibra y se estremece en el éter

como vapores de espejismos, fingiendo una superficie azul rizada por la brisa. Este dominio de la forma y del color deja en la retina la delectación viviente de unas narraciones que infundieron a la materia el alma de la vida universal.

Más allá del jardín, en el Instituto, concluye la ruta cotidiana y las clases comienzan a vivir en el recuerdo, cuando se levanta un gigantesco adiós sin adioses. La esencia del ser parece disolverse confundida en el patio grande y los corredores rumorosos, entre los hombres y los alumnos de esta casa, sabiamente regida como la del maestro Sirón que adiestró la mente del poeta.

Puesto a hablar después de haber andado como todos los días, llega el profesor a la protectora sombra del haya espesa, que oyó los sones del caramillo pastoril. Se siente el júbilo de la cosecha final: la que por manos de un labrador y otro labrador de nuestra tierra despertó en hondos alumnos el alma del poeta más vivo de la antigüedad, que opuso al tedio la necesidad de la acción y enseñó a los hombres la religión de la piedad.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN PARÍS, EN LOS ÚLTIMOS DÍAS
DEL MES DE AGOSTO DE MIL
NOVECIENTOS TREINTA
Y UNO, EN LA
IMPRENTA
DE
«LE LIVRE LIBRE»